

Rosén (1920-1992), uno de los más grandes pintores colombianos.



El octavo ensayo, "Enfermedad holandesa y exportaciones de banano en el Caribe colombiano, 1910-1950", retoma la afirmación del sexto ensayo: la pobreza de los departamentos caribeños y su rezago económico frente al resto del país, aunque creo que debía haber matizado más la cuestión pues existen departamentos como Cauca y Chocó, que quizá sean más pobres. La situación de pobreza de los departamentos caribeños tiene mucho que ver con el desempeño en la región de la multinacional estadounidense United Fruit Company, que para 1928 tenía un total de 29 818 acres cultivados de banano, condición que le permitió a Colombia ser el tercer exportador mundial de la fruta; la zona bananera, en el actual departamento del Magdalena, poseía un eficaz ferrocarril y dos bien dotados muelles. Las cifras presentadas son verdaderamente abrumadoras, pero, en este ensayo, en particular, se echa de menos la confluencia de la historia económica con la historia social y política.

En el noveno ensayo, "Bajo el signo del cóndor: empresas y empresarios en el Caribe colombiano, 1982-2009", es bien importante la confluencia que hace Meisel sobre historia económica y empresarial, dos caras de la misma moneda, complementarias en lo macro y en lo micro. El objeto del ensayo es realizar un análisis cualitativo y cuantitativo de 44 artículos y libros, cuyo listado aparece al final, para establecer regularidades y vacíos en ellos, tanto en las fuentes como analíticos.

Según ese recuento, la historia empresarial caribeña se inició en 1982, desde entonces, hasta el 2009, el grueso de trabajos, un 62 %, han sido investigados y escritos por autores de la región, centrados en el espacio temporal de 1870 a 1950. En la mayoría del libro así como en este ensayo, las estadísticas son bien logradas, pero las explicaciones no siempre son las más apropiadas; por ello, se extraña que el autor no relacione el auge de estudios de historia empresarial caribeña con la creación de carreras de Historia en la costa, como de otras disciplinas sociales, al igual que la existencia de maestrías de diverso tipo en las universidades.

El décimo ensayo es "La estructura económica de San Andrés y Providencia en 1846". A pesar de que las islas caribeñas objeto del ensayo pertenecen al país, en general hay mucha desatención de los colombianos por su historia; así, el trabajo de Meisel reconstruye un lapso de algo más de un quinquenio de la historia económica de esos territorios insulares, cuya base fundamental fue el cultivo y exportación del algodón y luego la exportación de coco, como también una agricultura y ganadería de subsistencia a las que se sumaron otras actividades de economía extractiva. A estos trabajos se dedicaba, en 1846, un 56,8 % de la población, que sumado a un 31,8 % de criados, da una cifra cercana al 89 % de los habitantes, 905 de un total de 1 002, a partir de 1851; con la liberación de los esclavos, la diversificada economía sanandresana pasó a ser casi exclusivamente monoexportadora, centrada en el coco, lo que significó que las islas perdieran su autonomía de subsistencia. El escrito no llena un vacío evidente de la historiografía colombiana, pero deja sentadas las bases para futuras investigaciones.

En fin, el libro es un interesante y sugestivo conjunto de ensayos de historia económica regional, sustentado en la consulta de nuevas fuentes de información, como de las habituales, que se preocupa por aspectos desconocidos y poco tratados por la historia tradicional, académica, lo que le permite a Adolfo Meisel aportar varios elementos de entendimiento de la historia del país, no solo económica, sino política y cultural. No obstante, al comenzar el libro, como lo expresé

al principio de la reseña, hay una declaración de amor, lo que haría pensar que en el transcurso de los ensayos la parte literaria, narrativa, tendría un peso importante, pero, si bien en los primeros ensayos se trata de superar la aridez y frialdad de las cifras, los últimos vuelven a ser un tanto difíciles de digerir.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública

Jotamario ante Nicolás Suescún

Nicolás Suescún.

Recuperación de una memoria

JOTAMARIO ARBELÁEZ

Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, Bogotá, 2011, 176 págs., il.

DENTRO DE los variados tipos de libro que se pueden encontrar en las librerías, aquellos que se conciben como un homenaje son uno de los géneros más problemáticos. En los homenajes, se tiende de manera inevitable a la grandilocuencia y a las palabras vacías. Los textos de esas obras se conciben como un agasajo al homenajeado y rara vez como un intento por comprender su mundo. Al final, muchos de estos no terminan diciéndole nada a los lectores y en ocasiones hasta terminan desagradando al homenajeado, quien no se reconoce en ellos, pese a lo cual se ve en la obligación de quedar inmensamente agradecido.

Estoy pensando, ante todo, en los libros que se conciben como homenaje a escritores o intelectuales que tienen el suficiente sentido crítico para percibir el vacío de los elogios que les llueven. Y tal vez una de las peores cosas que pueden pasar es que el homenaje se lo encarguen a un amigo del homenajeado que considere que haberse tomado algunos tragos con el escritor y conocer cosas de su vida privada lo dispensa de conocer su obra.

Escribo esto tras varios días de lucha con el libro de Jotamario Arbeláez,

Nicolás Suescún. *Recuperación de una memoria*. Leí el libro completo, hice una serie de notas de cara a elaborar una reseña. Luego, con la sensación de que el libro me dejaba insatisfecho, empecé a escribir el comentario y, en medio del mismo, resolví que tenía que dejar de lado el libro de Jotamario y tratar de acercarme a la obra de Suescún para procurar hacerle justicia.

Tras leer algunos cuentos, otros tantos poemas y ojear ese libro indefinible que se llama *Los cuadernos de N*, una consulta casual en Internet me hace saber que el libro de Jotamario ya no es sencillamente un libro, sino un pretexto para el cruce de insultos. El que más ha insultado, por lo que he logrado reconstruir del debate, ha sido el propio Jotamario, cuya vocación de iconoclasta parece agotarse cuando alguien se mete con él o con lo que escribe.

La polémica al parecer empezó con un artículo de Camilo Jiménez, publicado en la revista *Arcadia*, que tiene su punto de partida en un incidente ocurrido durante la ceremonia de entrega del Premio Vida y Obra 2010 de la Secretaría de Cultura de Bogotá a Suescún y de la presentación del libro encargado a Jotamario con ese motivo. Jiménez, a lo largo del artículo, tras expresar sus respetos por la obra de Suescún, destroza el libro de Jotamario. Sin embargo, la cosa tal vez no habría pasado a mayores si no hubiera señalado que durante la entrega del premio Suescún dejó claro que él no se identificaba con el libro.

Jotamario entonces reaccionó al artículo con una diatriba contra Jiménez, contra la revista *Arcadia*, contra el propio Suescún, a quien acusa de

dependencia conyugal, y, sobre todo, contra Margarita Moreno, la esposa de Suescún, cuya salud mental pone abiertamente en duda.



El propio Suescún, en una carta a *Arcadia*, optó por terciar en la polémica en un tono bastante menos agrio y explicó las razones por las cuales no se identificaba con el libro de Jotamario: la antología al final del libro le parece mal hecha —con textos que sobran y otros que faltan como el cuento “El retorno a casa”— de lo que ha escrito apenas se habla y de forma superficial, no se incluyen ninguno de los comentarios escritos sobre sus obras y, además, se crea la sensación de que ha llevado una vida monótona y de que está enfermo de Alzheimer.

En buena parte, puedo entender el malestar de Suescún. Uno de los sentidos de los premios literarios, desde el Nobel hasta los más diversos galardones municipales, muchas veces es ese: impulsar la recepción de la obra de un escritor determinado. Algunos no necesitan los premios —el nombre de Borges le hace más falta a la historia del Nobel que el Nobel a la figura de Borges—, pero para otros muchas veces es la única oportunidad de lograr un reconocimiento que vaya más allá de un círculo reducido.

En ese sentido, que el Premio Vida y Obra, del Programa Distrital de Estímulos, vaya acompañado de un libro sobre el galardonado es una buena decisión institucional, pese a todos los riesgos que se han mencionado sobre los libros como homenaje. Ahora, después de reconocer lo acertado de esa decisión, creo que es también

necesario decir que el libro se habría podido hacer mucho mejor.

En la presentación del libro la exalcaldesa mayor de Bogotá, Clara López Obregón, elogia y agradece el humor de Jotamario que va en contra de lo que ella llama la “solemnidad erudita”, de la cual dice, “no hemos podido liberarnos del todo”. La obsesión de librarse de una presunta solemnidad es algo que viene desde los años sesenta. Se trata de algo sin duda legítimo, pero que implica un riesgo: huyendo de la solemnidad se puede caer en la frivolidad. Y ese peligro es más grande cuando a la solemnidad se le agrega el adjetivo “erudito” como si este fuera de por sí un insulto y como si la gente que sabe muchas cosas y ha leído en forma profusa tuviera que disculparse por ello, y como si los escritores y los críticos debieran resignarse a escribir para analfabetos funcionales.

Tal vez el temor a caer en la “solemnidad erudita” sea una de las fuentes de los defectos del libro. Jotamario hace un retrato de Suescún como quien hace el retrato de un amigo, recurriendo a su propia memoria, a una entrevista con Suescún y a testimonios de Margarita Moreno —a quien al parecer todavía no había resuelto calificar de loca— de las hijas y de algunos amigos del escritor. En todo ello, hay detalles sin duda interesantes, pero también demasiadas cosas que resultan marginales, cuando lo que se trata de reconstruir es la vida de un escritor.

Lo fundamental, la obra, encuentra poco espacio. Jotamario destaca el libro de cuentos *El retorno a casa* y *Los cuadernos de N* como los libros fundamentales de Suescún, al lado de una novela inédita titulada *Opiana*. Sin duda, está bien que haga esas indicaciones —pese a que pueden ser discutibles en la medida en que deja completamente de lado la obra poética—, lo mismo que es correcto que destaque el trabajo de Suescún como traductor. Lo es que en ello no se pase de un juicio de valor y alguna que otra frase descriptiva y no se haga una presentación de cierta envergadura de la obra de Suescún. Un breve ensayo crítico sobre cada uno de esos tres libros, y tal vez algún otro, serían más pertinentes a la hora de hacer conocer el



trabajo literario de Suescún que las innumerables anécdotas que se van contando a lo largo de 119 páginas y que a veces dan la impresión de que Jotamario se ha vuelto incapaz de distinguir lo significativo de lo anodino.



A ratos, es imposible evitar la sensación de que para Jotamario la importancia de Suescún radica en que haya sido amigo suyo, si es que alguna vez realmente lo fue. Hay, además, cierto exhibicionismo trasnochado en lo que se refiere al consumo de alcohol y de drogas. Todo eso tiene poco o nada que ver con la obra de Suescún y con su formación como escritor. Casi que puede decirse que las primeras 48 páginas del libro son una especie de prólogo reiterativo antes de entrar en la entrevista con Suescún en la que Jotamario trata de pasarle revista a su biografía. Hubiese sido deseable que el interés de Jotamario apuntara ante todo a la biografía literaria, en la que tratara de rastrear el origen de los libros de Suescún y en la cual intentara definir su poética y su proyecto estético. Todo ello se queda corto y tiene mucho menos peso, por lo que podríamos llamarlo los datos exteriores de la biografía.

Releo lo escrito hasta aquí y tengo sensaciones encontradas. Por una parte, me parece que describe bien lo que es el libro de Jotamario, con lo cual en principio estaría cumpliendo con mi deber de reseñista. Pero, por otro lado, siento que con ello estoy muy lejos de la obra misma de Suescún y el único sentido de esta nota a largo plazo sería tratar de acercarse a ella.

El contraste entre el aire que se respira en la prosa de Jotamario y el de la poesía y la prosa de Suescún difícilmente podría ser más grande. El aire de la prosa de Jotamario es habitable de manera perfecta pero a la vez es banal. El de la obra de Suescún es a veces difícil de respirar. La escritora argentina Luisa Valenzuela, en una metáfora afortunada citada por Jotamario, habla de una sensación de “alta montaña”.

El retorno a casa —que apareció originalmente en la Editorial Universitaria de Santiago de Chile en una edición de 1971 que solo circuló en 1972— está compuesto por diez cuentos, todos de tono bastante amargo. Luisa Valenzuela, consultada por Jotamario sobre su experiencia con Suescún, dice que siempre tiene un “recuerdo muy triste de las cosas que él escribe, una carga de dolor subyacente muy especial que transmite y mueve emociones muy profundas” (pág. 98).

La lectura de los cuentos de *El retorno a casa* sirve, sin duda, para corroborar esa impresión de Luisa Valenzuela. En los cuentos hay tristeza y, en algunos de ellos —pienso en “En mi pieza”, en “El amigo de Mario” y en “De pronto uno despierta”— hay además una carga muy grande de violencia cotidiana y de algo que se podría llamar desamor. Los personajes del libro solo pueden encontrar esperanzas en la ensoñación o el delirio y viven en un mundo en el cual no parece haber más salidas que la muerte y en una ciudad y en un barrio —que algunos han identificado con La Candelaria— en proceso de descomposición.

En una ocasión, la escritora española Rosa Montero, hablando de su primera novela *Crónica del desamor*, me dijo que ese libro había sido algo así como su “vómito juvenil”. La reacción típica de una persona con temperamento estético que, al llegar a cierto grado de madurez sin haber conquistado todavía la serenidad de la ironía, se da cuenta de que el mundo no está bien hecho y se revela. Tal vez en los cuentos de *El retorno a casa* también haya algo de esto.

El libro está dividido en dos secciones. La primera, formada por cuatro cuentos, está precedida por tres

epígrafes dedicados a la vida de los viejos. El primero es de Cesare Pavese, quien se pregunta “si es cierto que a todos les ocurre lo mismo, ¿cómo es posible que los viejos todos, no tengan rostros extraviados, endemoniados, torturados, hendidos y los tengan en cambio tan tranquilos?”. La pregunta apunta a la idea de que la vida es una sucesión de desgracias, lo que explica, remata la cita de Pavese, la razón por la cual después de la muerte los cuerpos se pudren. “Con todo ese veneno en el cuerpo”.

De esos cuatro primeros cuentos, cabe destacar “En mi pieza”, monólogo de un hombre ya mayor que vive acogido a desgana en la casa de su hijo y de su nuera, quienes lo detestan, y quien no sale de su habitación sino para ir al baño y, recostado en su cama, vive imaginándose que está en una playa. Tal vez ese relato sea el más desgarrador.



La segunda parte del libro, integrada por seis cuentos, está precedida por otro epígrafe, esta vez de Yeats, que invita a mirar con frialdad la vida y la muerte. Dos de esas historias —“El amigo de Mario” y “De pronto uno despierta”— desembocan en asesinatos absurdos. El primero, perpetrado por un marido para vengar un presunto adulterio, y el segundo, cometido en un restaurante por alguien que considera que un hombre de la mesa vecina lo está mirando demasiado ante lo cual —después de llamarlo “viejo marica” y amenazarlo— le pega dos tiros. Esos dos episodios son las expresiones más claras de la violencia subyacente en casi todos los relatos del libro.

Al lado del desasosiego y la violencia en los cuentos de *El retorno a casa*, también se adivina, a ratos, como contraste y compensación, el tema de la utopía. Pienso, ante todo, en “La otra”, el cuento que abre el libro, con el que se podría intentar una interpretación en esa dirección; en todo caso, los dos aspectos —el desasosiego y la violencia por un lado, y la reflexión sobre la utopía, por el otro— vuelven a aparecer posteriormente en la poesía de Suescún.

La violencia en algunos de sus poemas se refiere de manera concreta a la violencia en Colombia. Tal es el caso, por ejemplo, de “¡Qué dicha vivir en este país tan bello!”, uno de sus poemas más citados y más recogido en antologías, en el que se contrasta con ironía amarga el discurso oficial habitual sobre la belleza y las virtudes de Colombia con su realidad violenta. Al tema de la utopía, Suescún dedica expresamente al menos un poema, *Utopías* incluido en el libro *Este realmente no es el momento* (2007) y un libro entero a la reflexión poética sobre el tema titulado *Empezar en cero* y fechado en el mismo año.

Esos poemas, como muchos otros de Suescún, invitan a la reflexión y en ocasiones incluso a la discusión. En ese sentido, van mucho más allá de aquellos en los que se limita a denunciar la violencia y a protestar en contra de ella. Esa exigencia reflexiva implica un trabajo silencioso que no tiene nada que ver con el gesto de provocación que suele acompañar la estética nadaísta y que al comienzo fueron una expresión de rebelión para luego convertirse en un código gastado.

Para hacerle justicia a Jotamarío, hay que decir que él parece sospechar en algunos momentos de su libro la distancia que lo separa de Suescún. Jotamarío lo describe como alguien “que ha pasado por el mundo sin estridencias, sin agitar maracas para decir aquí estoy, siendo notable por lo discreto” (pág. 21). El elogio es tremendamente curioso viniendo de un nadaísta. Entre las virtudes del nadaísmo dudo que a alguien se le ocurriera contar la discreción y las estridencias del movimiento, y del propio Jotamarío en

sus esfuerzos por promover su obra y la de sus compañeros de aventura, que siempre han formado parte de una estrategia de publicidad que tal vez haya terminado haciendo del nadaísmo un movimiento más importante de lo que fue en realidad.



Esto último me permite sugerir la generosa hipótesis de que todo —la debilidad del libro y la polémica posterior con su evidente tono barriobajero— sea parte de una patraña montada por el poeta nadaísta dirigida a que la gente se de vuelta para ver de dónde viene tanto ruido y termine mirando hacia la obra de Suescún y los abismos de reflexión que nos abre. Es, sin duda, una idea bastante retorcida, pero es la única que sirve para salvar este libro de Jotamarío.

Rodrigo Zuleta

Sin eufemismos

La estrategia del terror en la guerra de conquista 1492-1552

JOSÉ MARÍA ROJAS
Hombre Nuevo Editores,
Medellín, 2011, 165 págs., il.

ESTE PEQUEÑO libro no pretende ser una investigación histórica sobre un tema bastante explorado desde diversos ángulos analíticos, como lo es la conquista sangrienta de América. Quiere ser, como lo manifiesta su autor, una interpretación del genocidio perpetrado por los castellanos y otros pueblos de la corona española

desde finales del siglo XV. Como se trata de una interpretación, el autor no ahonda en la búsqueda de fuentes secundarias, sino que se concentra en algunas que le permiten efectuar una reconstrucción general sobre el contexto histórico que explica el mal llamado Descubrimiento de América y las razones por las cuales el reino de Castilla es el beneficiario de ese acontecimiento. A la reconstrucción global de ese contexto histórico le dedica los dos primeros capítulos del libro (págs. 13-36), de los cuales extrae algunas conclusiones básicas, que se convierten en hilo conductor del análisis posterior: el carácter profundamente retrógrado y reaccionario de la monarquía española, como resultado del predominio de la nobleza de Castilla y la refeudalización en la península Ibérica; la terrorífica alianza entre la monarquía y la Iglesia católica convirtió a España en el fortín de la Contrarreforma y de la Inquisición, lo cual se fortaleció con la expulsión de los moros y la reconquista de Granada en 1492.



Estos dos aspectos son medulares, porque el sometimiento brutal de los habitantes de lo que con el tiempo se llamará América, se hizo a nombre de la alianza de la cruz y de la espada. La cruz que simbolizaba el poder de la Iglesia católica, ávida de someter a los cuerpos y las almas de todos aquellos que eran considerados como infieles y paganos; y la espada que representaba el poder bélico de las tropas de conquista que llegaron a estos territorios para matar y someter por la fuerza bruta. Lo que el autor denomina “La estrategia del